

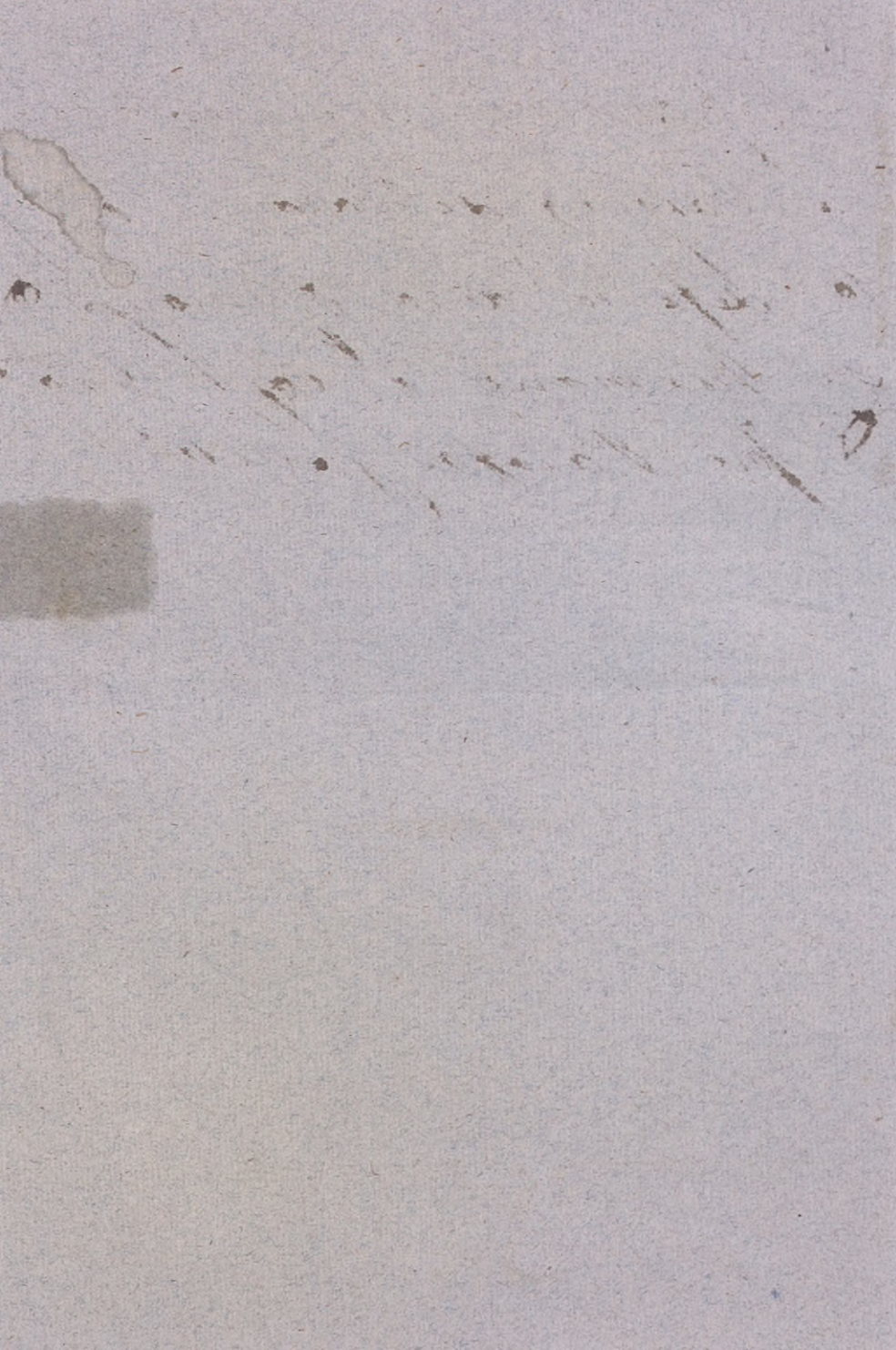
111

PA. Fol. 005.562

9

El Proceso del Excmo. Sr. D. Juan de Lara  
 Marqués de Lara en jus-  
 ta Defensa de la Opinión de  
 su hermano el Cap. Excmo.  
 D. José Palafox y Melzi.





# EXPOSICION

DEL TENIENTE GENERAL MARQUES DE LAZAN

EN JUSTA DEFENSA DE LA OPINION

DE SU HERMANO EL CAPITAN GENERAL DE ARAGON

D. JOSEF PALAFOX Y MELZI,

Contradiendo al papel intitulado: *Quadro de la España desde el  
reynado de Carlos IV*, dado á luz por el Coronel D. Ignacio  
Garcini.



---

CADIZ: IMPRENTA REAL: 1812.



Contradiciendo al papel intitulado: Quando de la España de este siglo  
 el General de Cast. IV, dabo á luz por el Coronel D. Ignacio  
 Siendo esto positivo y tan constante ; como es posible creer que el Ca-  
 „pitan General de Zaragoza permitiese deslucir su alta reputacion con el  
 „apoyo de embustes tan mal forjados , quando le sobran méritos , y un sin  
 „numero de acciones brillantes que califican su heroismo y talentos militares ?

*Así se explica el General Don Francisco Xavier Castaños en su represen-  
 tacion al supremo Gobierno , fecha 18 de Febrero de 1809 desde San Isidro  
 del Campo , hablando sobre el capitulo que se insertó en la gazeta de Valencia,  
 el que criticaba las operaciones de los exércitos del Ebro , cuyo capitulo se re-  
 celaba ser sacado de la gazeta de Zaragoza.*

Al cabo de tres años que van á cumplirse despues que la heroica resistencia de la ciudad de Zaragoza en sus dos sitios, la destruccion de todos sus edificios, la desolacion de su suelo, la mortandad de sus habitantes, y la derrota del ejército frances estrellado en sus murallas, habían fixado la opinion de toda la Nacion Española acerca del mérito debido á los gefes, oficiales y soldados que tuvieron parte en tan gloriosa empresa; quando no hay casi un español que no se haga lenguas al contemplar el grado de heroismo á que llegaron aquellos pechos heroicos; quando nuestro mismo cruel enemigo Bonaparte lo confiesa en sus mensages al senado, y en sus periódicos; y quando toda la Europa admira con asombro un suceso que apenas tiene exemplo en la historia, ha aparecido en el público un papel intitulado: *Quadro de la España desde el reynado de Carlos IV, ó sea memoria de la persecucion que ha padecido el coronel Don Ignacio Garcini, intendente que fué del Ejército y Reyno de Aragon*. Este autor trata de compendiar la historia de todos los sucesos de nuestra feliz revolucion hasta la instalacion de las Cortes generales y extraordinarias, para lo qual emplea muchas páginas, no solo en referir los hechos segun han llegado á su noticia, sino tambien enlazando con estos su historia particular, pretendiendo interesar con ella á sus lectores. Pero así como parece imparcial en la relacion de mucha parte de los acontecimientos militares de nuestra época, desde luego descubre un encono y una parcialidad inconcebible contra todo lo que pertenece al reyno de Aragon. Atribuyendo sus desgracias á este y á los gefes que lo han gobernado desde el 24 de Mayo de 1808, no hay género de invectiva de que no use para desacreditarlos, pretendiendo obscurecer con esto, así las glorias que se han adquirido por sus obras, como las que les ha proporcionado el acendrado patriotismo de sus habitantes. De todo su papel no se colige el motivo que lo haya exasperado en tal manera, pues si bien culpa al Capitan general y al Intendente Calvo por la ocupacion de sus bienes en Zaragoza, él mismo confiesa que se hizo inventario de ellos, y que quedó encargado de su custodia *un honrado sacerdote*, con quien sin duda tuvo correspondencia: y si es por la sumaria que dice se le hizo en Zaragoza y que se envió á Madrid, vemos por su mismo relato



que esta no tuvo consecuencia alguna, ántes bien léjos de haberle perjudicado, parece que no se ha hecho mérito de ella en ninguna ocasion. ¿Qué es pues lo que anima al señor Garcini contra Zaragoza? Alguna otra causa debe haber, que no ha tenido la franqueza de declararnosla; pero como quiera, él escribe, y en términos que ataca lo mas sagrado del hombre, que es el honor. ¿Y de quien? De un sugeto que se halla en Francia, y encerrado en un castillo, de un militar sacrificado por su lealtad y por su patriotismo, en una palabra, del General Don Josef de Palafox, que no puede contestarle. ¿Y creerá el señor Garcini que es segura su victoria porque pelea con armas tan desiguales? No; jamas lo será, habiendo tantos y tan dignos españoles que han sido partícipes de las glorias de la inmortal Zaragoza, que han presenciado sus heroicos esfuerzos, y que son testigos oculares de la noble conducta de su bizarro General D. Josef de Palafox y Melzi. Estos hablarán, estos clamarán, y estos sabrán desmentir al señor D. Ignacio Garcini, siempre que sea conveniente. Yo uno de los mas interesados, no solo por las relaciones tan íntimas del parentesco, quanto por ser de los que mas han contribuido á la defensa de Zaragoza, creeria faltar á mi honor, creeria valer menos, si no contestase al señor Garcini con toda la verdad y la razon que me asiste, haciéndole ver á la clara luz los groseros errores, las maliciosas equivocaciones, y las frecuentes contradicciones que arroja su escrito.

Obra larga, aunque fácil, seria el desmentir este en muchas de sus páginas, manifestando á su Autor, por un lado lo poco enterado que se halla de los sucesos militares de nuestras Provincias, por otro lo inexactamente que ha copiado las gazetas y papeles públicos; pero ni tengo á la mano todos los datos que yo quisiera para semejante trabajo, ni mi objeto es extender este escrito demasiado, si tan solo ceñirme á la contestacion de lo que dice perteneciente al Reyno de Aragon.

Desde luego nos presenta el señor Garcini como un acto de la mayor violencia, y como efecto de una faccion de *agitadores del baxo vulgo* el nombramiento del Capitan General del Reyno de Aragon Don Josef de Palafox. Para ver quan fácilmente está deshecha esta miserable invectiva, no hay mas que preguntar uno por uno á todos los aragoneses que se hallaron en Zaragoza (de los que felizmente hay muchos en Cádiz), á quienes consta todo lo contrario; consta lo mismo en los papeles públicos de aquella época, en las correspondencias de todas las Provincias de España con el Capitan General de Aragon, en las repetidas órdenes del supremo Gobierno á favor de Zaragoza y de su General; y por último hasta el año de 1812 á nadie sino al señor Garcini le ha ocurrido poner en duda la legitimidad de aquel mando. ¿Y es posible que sola la opinion del señor Garcini pretenda destruir el concepto general de toda la nacion? Pues todavia se le pueden manifestar á este caballero otras pruebas que afecta ignorarlas. Es bien sabido que todo el pueblo de Zaragoza (no una faccion de



este) trató de sublevarse en defensa de la causa que ha abrazado la nacion, y que no teniendo confianza en las autoridades que entonces le mandaban, envió una diputacion á la ciudad de Borja para convalidar con el mando de Aragon al Mariscal de campo D. Eugenio Navarro, quien se excusó á admitirlo; que luego el mismo pueblo fué á casa del Teniente General D. Antonio Cornel con la misma solicitud, que tambien fué desechada por este; y que por último viendo el pueblo que nadie queria ponerse al frente del Gobierno, trató de obligar á la fuerza á D. Josef de Palafox, quien se hallaba en una casa de campo á dos leguas de Zaragoza: alli fué una multitud de paisanos con trabucos y escopetas, y llevando al mismo tiempo un coche, le hicieron meter en él, y le traxeron en triunfo á Zaragoza, en donde presentándose en la audiencia, fué reconocido por esta como Capitan General, despues de haber tomado el mando militar por cesion hecha á su favor del Teniente General D. Carlos Mori, que era quien lo obtenia, despues de haber depuesto el pueblo al Capitan General propietario D. Jorge Juan de Guillémi. Vea ahora el señor Garcini si en todos estos hechos, que son auténticos, pudo haber algo de inteligencia ni de manejo oculto con el *baxo vulgo*, como pretende probar.

No contento aun Palafox con haber tomado el mando tan legalmente, y tan á gusto no solo de todo el pueblo de Zaragoza, sino de todo el Reyno de Aragon, convocó á las Córtes, las que lo reconocieron y autorizaron de nuevo con toda solemnidad en la sesion que tuvieron el dia 9 de Junio. El acta de estas Córtes, impresa en Zaragoza en el mes de Octubre (la que se manifiesta para los que quieran leerla en los puestos de papeles públicos, segun anuncia el diario de 11 de este mes), desmiente completamente todas las suposiciones que sienta el señor Garcini en su papel (páginas 25 y 26). A la verdad no puede comprehenderse, como este hombre, que dedica todo su conato á probar que la autoridad del Capitan General de Aragon D. Josef de Palafox fué ilegítima, tuvo la debilidad de reconocerla, como él mismo lo confiesa en la página 22 de su escrito, diciendo las siguientes palabras: „en el momento le escribí (á Palafox) reconociéndolo, y le pedí diese las órdenes conducentes para que pudiese trasladarme con seguridad á su lado, á fin de servir en la buena causa que habia abrazado, hasta hacer por ella el último sacrificio de mi vida.“ Es claro, atendida la delicadeza, escrupulosidad y miramiento del señor Garcini, que á no estar bien persuadido de ser una autoridad legítima D. Josef de Palafox, jamas le hubiera reconocido como Capitan General de Aragon; luego está plenamente convencido de una contradiccion manifiesta.

Desvanecido este argumento, todos los demas se caen de su peso, porque son consiguientes á él, pues si D. Josef Palafox legítimamente tomó el mando, legítimamente pudo ejercerlo, y así no hay ya caso para criticarle *de injusto, de despótico, de arbitrario*, á menos que



con razones sólidas se le pruebe que lo fué. Vamos á ver de qué medios se vale el señor Garcini para salir con su intento. El primer cargo que le hace al Capitan General de Aragon es el haberle depuesto de su empleo de intendente. Si considera el señor Garcini lo que él mismo sienta en la página 22 de su escrito, bien pronto se convencerá de la injusticia de esta reconvenccion. Dice así: „determiné irme solo „con mi familia á Zaragoza, y apenas llegué á aquella ciudad, se me „advirtió por personas de confianza, que mi vida no estaba segura por „que se tramaba una conspiracion que pensaba destruir las autorida- „des, á quien la mia hacia sombra. El peligro era urgente, y siendo „preciso tomar un partido, me resolví á llevar mi muger y mis hijos „á Villanueva de la Huerva, pueblo distante de Zaragoza unas qua- „tro leguas, y seguir yo mi camino á Guadalaxara, con el objeto de „esperar allí lo que el tiempo fuera descubriendo.“ Ahora bien; llegó el día 24 de Mayo, que fué el de la gloriosa insurreccion de Zaragoza, y Vmd. señor Garcini se hallaba en Guadalaxara *esperando lo que el tiempo fuera descubriendo*; y es claro que no volvió Vmd. desde entonces á Zaragoza para ocupar su empleo, ántes bien se mantuvo en dicha ciudad de Guadalaxara, y no se presentó en Madrid, segun Vmd. mismo dice en su papel (página 36), hasta el mes de Setiembre, poco ántes de la instalacion de la Junta Central, que quiere decir, cerca de quatro meses despues que se hacia la guerra en casi todas las provincias de España, y en una palabra, quando las tropas francesas se hallaban ya al otro lado del Ebro. Dígame Vmd. si era prudente ni justo que el Capitan General de Aragon le hubiese obligado á volver á Zaragoza, quando se sabia públicamente, y Vmd. mismo lo confiesa, que estaba muy expuesta su vida, y hubiera sido lo mismo que entregar á Vmd. al furor del pueblo. Por otro lado, estando Vmd. ausente y sin voluntad de volver á ocupar su empleo, es claro que debia nombrarse otro intendente, empleo sumamente necesario en aquellas circunstancias. Con que ¿qual es el pecado del Capitan General de Aragon? ¡Ah! El haberse apoderado, como Vmd. dice, de sus quantiosos bienes! Ya he dicho que por su misma confesion de Vmd. resulta que se hizo inventario de estos, y que se le entregaron á un *honnrado sacerdote*, de quien Vmd. tuvo noticia por el Conde de Cabarrus, segun manifiesta en la página 59 de su escrito; con que ya se ve que no hubo dilapidacion ni disipacion de bienes, sino ántes bien se le conservaron á Vmd. íntegros. Pero, prescindiendo de estos datos que no puede Vmd. negar, no quiero dexar de hacer mérito para el mayor convencimiento de Vmd. de ciertas expresiones, que sin duda con poca reflexion se dexa caer en su papel, las que bien claro dan á entender que Vmd. tal vez pudo recoger gran parte de sus bienes. Que estos eran quantiosos se ve por confesion de Vmd. en la página 29, sin que ahora interese á nadie el saber en qué época de la vida de Vmd. los adquirió: como quiera, despues de habernos dado Vmd. esta noticia en la dicha página, en la 129 se ex-



plica en estos términos: „perdimos la esperanza de salvar *alguna cosa* „q e dexamos en Zaragoza en manos de una *persona* que murió poco „tiempo despues del segundo sitio de aquella desgraciada ciudad.“  
 ¿Que es esto, señor Garcini? ¿A la época del segundo sitio de Zaragoza, esto es, en el mes de Diciembre de 1808, ya no existía mas *que alguna cosa* de sus quantiosos bienes de Vmd.? Prueba bien clara es esta que Vmd. pudo recobrar la mayor parte de estos, y que hubo tiempo y medios para ello lo manifiesta claramente el intervalo de mas de quatro meses desde el día 14 de Agosto en que levantaron los enemigos el primer sitio de Zaragoza, hasta el 21 de Diciembre en que pusieron el segundo, en cuyo tiempo estuvo franca y libre la comunicacion del Reyno de Aragon con Castilla. Por último, si de modo alguno sacó Vmd. sus bienes de Zaragoza (pues á la verdad no tienen una inteligencia del todo clara las freqüentes contradicciones de su escrito), siempre vendremos á parar en que ó por la capitulacion de Zaragoza, ó por la muerte del *honrado sacerdote*, los franceses se apoderarian de ellos, en cuyo caso no es el Capitan General ni el Intendente Calvo contra quienes Vmd. tiene que reclamar, sino contra los mismos franceses que se hicieron dueños de todo. Pero una cosa de paso quiero advertir á Vmd.: es posible que siendo *tan patriota, tan virtuoso, exemplo de la lealtad y constancia*, segun nos dice, se queje con tanto tesoro y en tantas páginas de su escrito de la pérdida de sus bienes, y que poco despues en la página 30 se explique en estos términos: „abandonemos á la codicia de los hombres unos bienes de „fortuna en que tiene jurisdiccion la suerte, y consolémonos de que „no nos puedan quitar el honor y buen nombre, cuyo valor es in- „apreciable para las almas generosas.“

Que el Capitan General de Aragon era inepto é ignorante; que no debió retirarse á Zaragoza despues de la batalla de Tudela, y que la defensa de aquella ciudad fué inútil y antimilitar, son otros tres cargos que Vmd. le hace en su papel, y como todos tres estan enlazados entre sí, contestaré de una vez á todos. Para hacerlo con toda exáctitud es indispensable presentar un ligero bosquejo de la situacion de España y de Zaragoza desde el mes de Junio hasta el de Diciembre de 1808, contrapesando esta con las fuerzas enemigas que sucesivamente invadieron la Península; pues por ello se vendrá en conocimiento si fué provechosa ó perjudicial, si fué militar ó antimilitar, si fué obra de la sabiduria ó de la ignorancia la defensa de Zaragoza. Nuestras gazetas han publicado diferentes estados del número de tropas francesas que entraron en España por Irun desde Octubre de 1807 hasta la retirada de los franceses al Ebro en Agosto de 1808, por los quales se ve que no baxaron seguramente de cien mil hombres los franceses que invadieron la España por la dicha frontera de Irun hasta el mes de Junio de 1808. Treinta mil hombres invadieron á Portugal: mas de veinte mil las Andalucias, y veinte y dos mil el Reyno de Aragon: las demas fuerzas enemigas hasta los cien mil ya



dichos estaban repartidos en Madrid, Búrgos, Vitoria, y todo el camino militar hasta Francia. Las Provincias cada una de por sí resistieron esta invasion; pero cada qual con distintos medios y por distintos caminos. Las Provincias de Castilla y Galicia, reuniendo la tropa veterana que habia en esta última, que se hallaba abocada á las fronteras del Reyno de Portugal baxo las órdenes de Generales antiguos y acreditados, tuvieron los diferentes choques de Cabezon, Rioseco y otros, en los que causaron pérdida á los enemigos sin dexarles internarse en dichas provincias. Las de Andalucía, que tenian en su suelo casi todas las tropas veteranas que habia en España así de milicias como de los cuerpos de línea, les fué aun mas fácil presentar á los enemigos un ejército organizado ya y disciplinado, con Generales, gefes y oficiales veteranos, debiéndose sin duda á la pericia de estos, y al entusiasmo general de dichas provincias (las que ademas habian levantado nuevos cuerpos de tropas) el feliz resultado de la interesante batalla de Baylen. Valencia con algunas, aunque pocas tropas veteranas, resistió bizarramente el ataque de Moncey, quien rechazado, y con mucha pérdida, se restituyó á Madrid á principios de Julio con los restos que le quedaron. El Reyno de Portugal auxiliado por el ejército inglés, y por algunas tropas españolas, consiguió al fin la entera rendicion y capitulacion del ejército de Junot. Quando todo esto pasaba en el centro de nuestra península, el Reyno de Aragon estaba atacado por veinte y dos mil franceses, los que sucesivamente fueron entrando en él baxo las órdenes de los generales Lefebre y Verdier. Llegaron estos el 8 de Junio á la ciudad de Tudela, en la qual me hallaba yo mandando á los Paisanos Aragoneses y Navarros que pudieron armarse; y despues de haber hecho la defensa posible de la Ciudad, tuve no obstante que ceder el terreno á la superioridad y disciplina de las fuerzas contrarias, retirándome á Mallén. En este pueblo, habiendo sido auxiliado por nuevos cuerpos de paisanos venidos de Zaragoza, resistí un segundo ataque el día 13 del mismo mes, en el qual, despues de una accion de tres á quatro horas, habiéndome abandonado todos los paisanos, tuve que retirarme á Zaragoza no sin gran riesgo de caer prisionero. El día 14 fué la accion de Alagon, la que mandó el Capitan General de Aragon, habiendo salido este de Zaragoza en la noche del 13 con los batallones de paisanos que quedaban todavia en la Ciudad, los quales con el mayor entusiasmo y contento hicieron la marcha hasta Alagon, sin que les faltase que comer, como falsamente supone el señor Garcini en la citada relacion que hace en toda la página 26 de su escrito. Tampoco les faltó direccion ni orden por parte de sus Generales, y si bien el resultado de esta accion fué igual al de las anteriores, debe atribuirse á las mismas causas, esto es á la impericia de los paisanos. El Capitan General se retiró á Zaragoza en la noche del mismo día 14, y no á Alfocea, como equivocadamente sienta el señor Garcini en la página 27 de su papel.

Llegamos á hablar de Zaragoza, y aqui es preciso detener un mo-



mento al lector para manifestarle la situación particular de esta Ciudad. El día 24 de Mayo rompió el Pueblo Aragonés las cadenas que le oprimian, proclamó su independencia, su obediencia al legítimo Rey y á las leyes, y declaró solemnemente la guerra al Tirano de la Europa. Eligió por su Caudillo, como se ha visto, á D. Josef Palafox, quien correspondiendo á su confianza, desde luego se comprometió en coadyuvar á sus ideas sufriendo su misma suerte. Tratóse de armar el pueblo, echando mano de un depósito de catorce á quince mil fusiles que afortunadamente habia en el castillo de la Aljafería, y formar con este un ejército capaz de resistir á los ejércitos enemigos. No habia en Zaragoza mas tropa de infantería que 222 soldados reclutas de las banderas de diferentes regimientos, 50 artilleros, y el cuerpo de Fusileros ó Miñones, el qual segun su instituto, tenia repartida su fuerza de 200 hombres en distintos puntos del Reyno de Aragon; de caballería el regimiento de Dragones del Rey, que llegó de Madrid á principios de Junio con muy poca fuerza especialmente de caballos, pues apenas tendría prontos para formar 150 hombres. Con este tan débil pie de tropa, y con los Oficiales vivos y retirados que con qualquier motivo se hallaban en Zaragoza, creando asimismo otros nuevos, se fueron alistando compañías de Paisanos de á cien hombres, y tercios ó batallones de á mil. Apenas se empezaba á organizar y disciplinar esta fuerza armada, fué indispensable acudir con ella á la Ciudad de Tudela, que era el punto amenazado por el enemigo. Qualquiera que reflexione el tiempo que media desde el 24 de Mayo hasta el 15 de Junio, día en que se verificó el primer ataque contra Zaragoza, podrá conocer si se pudo hacer mas en tan corto interválo, y si cabe pedir mas así al pueblo como á los gefes que lo dirigieron, que el haber presentado batalla en tres puntos diferentes, Tudela, Mallen y Alagon, á los ejércitos franceses con solos Paisanos, que apenas sabian disparar su fusil. El pueblo de Zaragoza, que habia sido expectador de léjos de las acciones referidas, á pesar de no tener en su recinto mas tropa que los dispersos que iban llegando de diversos puntos, con los que no era posible reunir ni la mitad de un batallon, creyéndose muy defendido con las piezas de artillería que casualmente se habian encontrado almacenadas en el Castillo de Zaragoza, cuyo calibre era de á quatro en la mayor parte con algunos obuses pequeños, sin acobardarse por las desgracias de los días anteriores, con el mayor heroismo resolvió en fuerza de un espontáneo movimiento, y de un unánime consentimiento esperar á los franceses, y defender la ciudad. Así se verificó, coadyuvando los gefes y oficiales á sus miras, la memorable batalla del día 15 de Junio, llamada vulgarmente *la batalla de las eras de Zaragoza*.

Hemos visto ya el estado del Reyno de Aragon, el qual fué invadido á principios de Junio por 22000 franceses, y atacada desde luego su capital. Zaragoza Ciudad heroica, honra y honor del suelo aragonés; Zaragoza sola, sin murallas, sin fosos, sin género



alguno de defensa detuvo y resistió todas estas fuerzas el día 15 de Junio; Zaragoza, baxo la direccion de sus gefes el Capitan General y sus dos Hermanos, en quienes el pueblo habia depositado toda su confianza, é igualmente de muchos Oficiales veteranos que allí se encontraron, alargó su admirable defensa hasta el 14 de Agosto, causando á los enemigos la pérdida de 12000 hombres, y obligándoles á levantar vergonzosamente su sitio. ¿Y se podrá creer que un hombre tan sábio y tan erudito como el señor Garcini, *que ha enseñado la ciencia militar á muchos Generales, y á los mejores oficiales que tenemos en nuestros exércitos* (segun nos asegura en la página 129 de su escrito) nos pretenda ahora persuadir que esta defensa de Zaragoza fué tan solo efecto del valor personal de sus habitantes en medio del desórden y de la falta de gefes, y en una palabra *de los esfuerzos de una desarreglada pujanza*, teniendo ademas valor de llamar al primer sitio de Zaragoza *la Rondalla grande*, como sienta en la página 27 de su escrito? ¿Cabe en la idea de nadie que una Ciudad abierta por todos lados, situada en un terreno sumamente llano, pueda resistir por espacio de dos meses á un exército frances, causarle tan horrorosa pérdida, y obligarle á levantar el campo, sin que para esto se emplee toda la ciencia y todas las reglas militares?

Pero dexando esto á un lado, pasemos ahora á otras consideraciones. No creo dudará el señor Garcini que si Zaragoza no hubiese resistido á unas fuerzas tan respetables hasta el 14 de Agosto, época en que todos los exércitos franceses de España se hallaban ya á orillas del Ebro, estas mismas fuerzas á haber hallado buena acogida en el Reyno de Aragon, dexando en él cortas guarniciones, al momento hubieran marchado, como que les era mas interesante, á reforzar sus exércitos de Madrid y Andalucía. ¿Que fué lo que facilitó la victoria de Baylen sino 22000 franceses detenidos tanto tiempo en Zaragoza.? ¿Acaso desde el Ebro hallaron otra resistencia hasta el mismo Baylen? ¿Y desde principios del mes de Junio en que entraron los franceses en Aragon, hasta el 19 de Julio en que se verificó la batalla de Baylen, no medió mas de un mes para llegar á tiempo de reforzar á Dupont? Dese pues, la gloria que le corresponde justamente á Zaragoza, y no se pretenda eclipsarla por ensalzar otras demasiado.

Pero todavía resaltará esto mas en la relacion del segundo sitio de aquella Ciudad. En los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre de 1808 entraron en España por Irun por lo menos 140000 franceses mandados por el mismo Emperador Bonaparte, los cuales unidos á unos 40000 que se habian retirado de todas las Provincias de España á las posiciones del Reyno de Navarra y otras de la orilla izquierda del Ebro, formaron una suma quando menos de 180000 hombres. Estas fuerzas se dividieron, segun se ve por las relaciones de nuestras gazetas, en tres grandes cuerpos de exército; el primero al mando del Mariscal Lefebre para batir al General Blake; el se-



gundo á las órdenes del Emperador Bonaparte para conquistar á Madrid y batir nuestros exércitos de Castilla, y al Exército Ingles; y el tercero á las órdenes de los Mariscales Ney y Moncey para atacar á nuestros Exércitos del Ebro. Son bien sabidos todos los sucesos del mes de Noviembre, y los resultados desgraciados de la famosa batalla de Tudela, sostenida casi por solas las fuerzas pertenecientes al exército de Aragon, las que baxo las órdenes de los Generales O-Neille y Saint Marcq habian llegado á Tudela en la tarde del 22 de Noviembre. Perdida esta batalla, y dispuesta por el General Castaños la retirada del Exército que estaba á sus órdenes, fué consiguiente la desunion de todos los Gefes, cuyas Divisiones pertenecian á distintas Provincias, y así las del exército del centro se retiraron á Cuenca, el General D. José Caro con la suya se retiró á Valencia, y las que pertenecian á Aragon se retiraron á Zaragoza. Era difícil por cierto preveer en aquel momento el rumbo que tomarian los exércitos franceses, ni hácia que Provincia se dirigirian primero; por la misma razon no es de extrañar que las Divisiones de nuestros Exércitos tratasen prontamente de cubrir sus Provincias respectivas, sin que se pueda hacer cargo legítimo á ningun Gefe porque atendiese á esto exclusivamente. Hablo precisamente de las disposiciones del Capitan General de Aragon, el qual no se hallaba sujeto todavia á las órdenes del General Castaños, y estaba por otro lado en una precisa é indispensable obligacion, y en un comprometimiento grande con los Vecinos de Zaragoza de defender á toda costa esta Ciudad (la que se hallaba ya en mucha parte murada), pues ellos querian defenderla. Con este objeto, y por el entusiasmo general de todo el Reyno de Aragon, se reunieron en su Capital, no solo todas las tropas pertenecientes al Exército de Aragon llamado entonces de reserva, sino tambien muchos soldados dispersos de los Cuerpos pertenecientes al Exército del mando del General Castaños, los que en la retirada de este voluntariamente y sin llamarlos acudieron allá; con todos los que se formó un pie de exército de 30000 hombres, si bien no lo era mas que en el número, pues apenas habria en él 12 ó 14000 hombres de tropa veterana y disciplinada; la mayor parte eran tropas muy bisoñas, y pedazos ó restos de muchos Cuerpos pertenecientes, como he dicho, al Exército del Centro. Todos estos eran soldados muy á propósito para defender las murallas ó parapetos, pero por su falta de organizacion y de disciplina no se podia valer de ellos para ninguna operacion en campo raso. Por la misma razon era indubitable que todos los soldados que venian en retirada y en dispersion de la batalla de Tudela, segun lo acobardados que se hallaban, jamas hubieran hecho frente al Enemigo si no se les hubiera dado un punto de reunion y de apoyo qual era Zaragoza. Fué pues, indispensable por todas razones reunir el Exército en esta Ciudad, y desde ella observar los movimientos de los enemigos. Bien pronto se dirigieron estos con mas de 60000 hombres al mando de los Mariscales Moncey, Lanes, Mortier y Junot contra Zaragoza. ¿Qué



debió hacer en este caso el Capitan General de Aragon con su Exército? Quisiera que me lo explicase el señor Garcini. ¿Acaso abandonar á Zaragoza, y buscar una posicion militar en los campos de Lérida y Mequinenza (en otro tiempo de Afranio y Cesar), como dice el señor Garcini? En este caso se hubiera quedado sin soldados y sin exército, pues con tan poca gente é indisciplinada ¿como resistiria á 60000 hombres aguerridos en campo raso? ¿Acaso debia haber ido á defender á Madrid abandonando á Aragon, como pretende tambien el mismo señor Garcini? ¿Pues no estaban para este efecto las Divisiones de Somosierra, la de Extremadura, y el Exército del centro, y nadie socorrió á Madrid? Es claro que en ningun punto sino en la misma Ciudad de Zaragoza pudo ni debió resistirse á las formidables fuerzas enemigas, y es claro tambien que á no haberse resistido allí, si por el contrario los franceses hubieran encontrado el paso libre, nada les hubiera detenido en aquella época para destacar 30000 hombres al Reyno de Valencia, y otros tantos á Cataluña. ¿Y que hubiera sido entonces del Capitan General de Aragon y de todo su Exército? ¿Y que hubiera sido de la España toda, si al paso que los Exércitos de Bonaparte invadian á Galicia y á Portugal, al paso que progresaban por Extremadura y la Mancha, al paso que atacaban á Cuenca, las fuerzas que invadieron el Aragon dándose la mano con el Exército que estaba en Cataluña, se hubiesen apoderado de toda la costa de Levante? ¡Piénselo un poco el señor Garcini, eche una ojeada por los sucesos que ocurrieron en España en la época del segundo sitio de Zaragoza desde Diciembre de 1808 hasta últimos de Febrero de 1809, y dígame si la tenaz resistencia de Zaragoza no fué la que impidió los ulteriores progresos de las armas francesas en lo interior de la Península, y la que salvó sin duda á toda España! ¿Acaso no se retiró tranquilamente el supremo Gobierno y demas Autoridades desde Madrid á Sevilla, sin que los Franceses pudiesen impedirlo? ¿Invadieron acaso los Franceses las Andalucías en 1809? ¿Se internaron en Portugal y en otras Provincias? ¿Pues á quien se debe esto sino á Zaragoza, cuya conquista tenia ocupados á quatro Mariscales del imperio con 60000 hombres? (1) ¡Zaragoza! ¡Zaragoza! ¡Tú sola detuviste el ímpetu de las Aguilas francesas por espacio de quatro meses, dando lugar, no solo á que las Andalucías, las Provincias de la Mancha y Extremadura, las de Valencia y Murcia respirasen y formasen Exércitos, sino tambien á que desembarcasen los Exércitos Ingleses y se organi-

(1) Acaso podrá el señor Garcini notar de exágerado el número de 60000 franceses, que yo aseguro invadieron el Aragon en Diciembre de 1808: sepa el mismo que hay quien los sube á 70000, y aun quando es sabido que despues de principiado el sitio de Zaragoza el Mariscal Moncey se retiró de él con una division de 10 á 12000 hombres dirigiéndose á Castilla, no puede dudarse que quando menos hubo siempre existentes en el sitio de Zaragoza 50000 franceses, y mas bien mas que menos.



zassen en Portugal! ¡Tú con una resistencia tan heroica hiciste llegar el tiempo tan deseado de la declaracion de la guerra de Austria, para la qual llamado Bonaparte tuvo que salir de España á principios del mes de Febrero de 1809 con mas de 30000 hombres de sus mejores tropas! Entonces se paralizaron por algun tiempo los rápidos é impetuosos movimientos de los grandes Exércitos Franceses, reduciéndose á acciones parciales y de poca consecuencia. ¿Y quien sino la constancia de los aragoneses fué la causa de estas ventajas? ¿Y es posible que todavía haya plumas que se atrevan á deprimir el mérito de la defensa de Zaragoza? ¿Y que, hombres émulos de sus glorias, como el señor Garcini y algunos otros, pretendan quitar á Zaragoza la primacía de la victoria? ¿Quien sino Zaragoza ha enseñado el camino del heroismo á Rosas, Gerona, Hostalrich, Ciudad-Rodrigo y Astorga? No pretendo por esto disminuir en nada el mérito debido á estas plazas y á sus Gobernadores respectivos; pero Zaragoza fué antes, y en esto á nadie se agravia.

Por lo que hace á la defenza de Zaragoza respecto al mérito militar parece que no es necesario responder á las inconsideradas reflexiones del señor Garcini; Gefes facultativos de todas armas dirigieron los dos sitios de Zaragoza, los que podrán responder, aunque es público y notorio que nada se omitió allí de lo que prescriben las reglas militares sobre defensa de Plazas. Los sábios Franceses que llevaron á Zaragoza los Ingenieros de mas fama, no pudieron rendir esta Ciudad al cabo de quatro meses sino á costa de destruir y de volar sus casas y edificios, y ganando terreno sobre sus propias ruinas. Lea el señor Garcini los Monitor es que refieren el segundo sitio de Zaragoza. Por último la mortífera epidemia, que atacó tambien como es notorio, al Capitan General D. Josef Palafox, manifiesta hasta la evidencia lo que fueron capaces de sufrir aquellos pechos heroicos y lo que hubieran hecho á no haber padecido este cruel azote. Igualmente hace ver la constancia del mismo General Palafox, y su pericia militar en haber sabido llevar la resistencia hasta un punto del que humanamente no se podia pasar; y aun así jamas se hubiera rendido por su voluntad, como lo repitió muchas veces, á no haberse hallado postrado y á las puertas de la muerte al tiempo de la capitulacion.

Réstame ahora hablar sobre un parrafito del papel del señor Garcini, que me toca á mí precisamente. En la página 23 da noticia este Caballero de la conferencia que tuvo conmigo en la Ciudad de Guadalaxara al tiempo que yo pasaba por ella corriendo la posta con direccion á Zaragoza, que fué en el día 1.º de Junio de 1808. Fija la atencion del público *en las propuestas de conciliacion* que dice llevaba yo del *Gobierno frances para mi hermano D. Josef Palafox*; en lo qual acaso ha creido comprometer mi opinion. Sepa el señor Garcini, y sepan todos, que yo no llevé propuesta alguna de *conciliacion* de parte del Gobierno frances existente en aquella época en Madrid, el qual jamas ha propuesto conciliacion algu-



na á los que nos llama insurgentes, porque seguimos el buen partido: lo que yo llevé fué tan solo una comision de palabra del Ministro de Guerra O-Farrill para aconsejar á mi hermano á que desistiese de su empresa, persuadiéndole de lo inútil que era resistir al poder de Bonaparte, y para que tratase con él de pacificar al Reyno de Aragon. Salí el dia 1. de Junio de Madrid con el pasaporte del mismo O-Farrill, lo qual no he tenido reparo de decir en todas ocasiones así de palabra como por escrito á todo el mundo, pues me hago un honor de haber tomado este especioso pretexto para haber salido de Madrid, substrayéndome de la dominacion enemiga, y de no haber cumplido semejante comision; tan al contrario que habiendo llegado á Zaragoza á las diez de la noche del dia 2 de Junio, el dia 6 del mismo marché á Tudela, en donde tomé el mando de los Paisanos y fuerza armada que se reunió allí; habiendo tenido, como ya lo he manifestado, el primer ataque el dia 8, y la gloria de ser el primer General en España que se presentó á los enemigos con gente armada para rechazar su invasion. En quanto á no haber sido el portador del duplicado de la carta que el señor Garcini dirigia al Capitan General de Aragon, ni haber esperado su persona para acompañarme, segun él dice, cosa que ni me expresó, ni era posible que se verificara caminando yo á caballo y urgiendo por momentos mi llegada á Zaragoza, para tomar parte en la buena causa, creo que nadie sea capaz de hacerme un cargo, pues qualquiera conocerá que ninguna obligacion tenia yo de guardar tales atenciones con el señor Garcini, quien tenia el correo expedito para escribir á Zaragoza como y quando quisiese.

Pudiera extenderme á otras observaciones á que da margen el papel del señor Garcini; pero baste lo dicho para demostrar al público sus grandes equivocaciones sobre los sucesos de Aragon, y para desmentir las calumnias con que intenta zaherir el concepto que se ha merecido de toda la nacion el Capitan General de Aragon D. Josef Palafox. Este se halla prisionero en Francia, y encerrado sin comunicacion en el Castillo de Vincennes, por cuya razon pudiera haber tenido alguna consideracion el señor Garcini, y no haber ensangrentado contra él su pluma tan cruelmente como lo ha hecho; pero no crea este caballero que ha conseguido ni conseguirá jamas su intento: el mérito y el heroismo de D. Josef Palafox se hallan calificados por el supremo Gobierno en el honorifico Decreto de 9 de Marzo de 1809: viven ademas muchos testigos oculares de su buena conducta: vivo yo, que tambien lo soy, y á nadie le corresponde con mas derecho sacar la cara por la verdad y en defensa del prisionero que á su hermano

*El Marques de Lazan.*

Cádiz 30 de Enero de 1812.















